

---

**PROBLEMATICA ACTUAL**

---

## PROBLEMATICA DE LA EVANGELIZACION DE LA CULTURA HOY

por G. REMOLINA, S. J. (Colombia)\*

La presente ponencia consta de dos partes:

- La 1ª es un análisis de las relaciones Evangelio-cultura hoy.
- La 2ª es un análisis del proceso que habría de seguir el Evangelio para convertirse en *fuentes* de cultura.

En la 1ª parte subyace una tesis fundamental que conviene poner de relieve desde un comienzo. Podría formularse así: "En lo que toca a las relaciones Evangelio-Cultura, hay un progreso *cualitativo* en la reflexión eclesial desde el Vaticano II hasta Juan Pablo II". Esta tesis contempla varios hitos o momentos:

- 1er. momento: El Vaticano II marca el camino del *diálogo* y del *encuentro* de la fe con las culturas.
- 2do. momento: La "Evangelii Nuntiandi" pretende ir más allá del diálogo y del encuentro para evangelizar las *raíces*.
- 3er. momento: La Conferencia de Puebla señala que las raíces de la cultura se evangelizan cuando el Evangelio se hace presente en el *nacimiento* de las nuevas culturas o de las *nuevas síntesis culturales*.

\* R. P. Dr. Gerardo Remolina Vargas, S.J. Nació en Santander, Colombia, en 1936. Ordenación Sacerdotal en la Compañía de Jesús, en 1963. *Titulos*: Licenciado en Filosofía en la Universidad Javeriana de Bogotá en 1959. Licenciado en Teología en la Universidad Gregoriana en 1964. Doctor en Filosofía por la Universidad Gregoriana en 1972. *Actividades*: Es Profesor en la Universidad Javeriana, desde 1969 en la Facultad de Filosofía, especialmente en la cátedra de Filosofía de la Religión; y desde 1981, en la Facultad de Teología, en la cátedra de Epistemología Teológica. El P. Remolina es Miembro del Consejo de Regentes de la Universidad Javeriana desde 1981. Y presidente del Consejo Social de la Fundación Social desde 1984. En el año en curso ha sido nombrado Provincial de la Compañía de Jesús en Colombia. *Principales publicaciones*: *Karl Jaspers en el diálogo de la Fe*, Gredos, BHF 76, Madrid, 1972. Diversos artículos en *Revista Javeriana*, y en *Theologica Xaveriana*, de Bogotá. También está próxima a ser publicada su traducción del libro de Bernard Lonergan S.J., "Método en Teología".

4to. momento: Juan Pablo II afirma que el Evangelio ha de ser *fuentes* de cultura y que la cultura ha de ser *expansión* de la fe.

En la 2ª parte de la ponencia subyace también una tesis fundamental. La tesis podría formularse así: “Del proceso anterior brotan dos posibilidades principales para evangelizar la cultura:

— La 1ª es por el *diálogo*.

— La 2ª es haciendo que el Evangelio se convierta en *fuentes* de cultura”.

Esta segunda posibilidad, que corresponde más adecuadamente al desafío evangelizador contemporáneo, podría desarrollarse diciendo que “El Evangelio se convierte en fuente de *cultura* cuando es el principio que estructura y da sentido, o significación, a las experiencias humanas y da respuesta a las necesidades fundamentales del hombre”.

## 0. INTRODUCCION

El problema de la evangelización de la cultura hoy queremos enfocarlo no tanto desde las características fenomenológicas del mundo cultural contemporáneo, tan variado y al mismo tiempo tan uniforme, sino sobre todo desde los *nuevos desafíos* que se plantean para una evangelización más auténtica en el mundo de hoy.

Estamos convencidos de que los nuevos desafíos se centran en lo que podríamos llamar la *radicalidad* evangelizadora; radicalidad que no consiste simplemente en una opción decidida de evangelizar, sino principalmente en un modo de proceder, en un tipo radical de acción. Es una radicalidad que pretende ir no solamente a las manifestaciones culturales, sino a la *matriz* misma de la cultura. Es este el desafío que Pablo VI ha planteado a la Iglesia y del cual no hemos acabado de tomar una conciencia suficientemente clara, y, menos aún, de explicitar y de encontrar los caminos conducentes.

¿Cómo implantar el Evangelio en la *raíz* de la cultura?  
¿Cómo implantarlo en su *matriz*, de manera que la nueva cultura brote de él, y el Evangelio sea al mismo tiempo como la placenta de la que la cultura se alimente? Las presentes reflexiones pre-

tenden ser una modesta contribución en la línea de esta toma de conciencia y de ir precisando cada vez más el tipo de acción evangelizadora que se requiere hoy. Creemos que es necesario descubrir ante todo los elementos de un *método* típico que responda a la radicalidad del desafío evangelizador contemporáneo. Para ello es indispensable iluminar la problemática desde la naturaleza misma de los factores que entran en juego.

Por estas razones, trataremos en primer lugar de precisar:

1) El desafío evangelizador contemporáneo, 2) La naturaleza de la evangelización, 3) La naturaleza de la Cultura y 4) La problemática de la relación Evangelio-Cultura. Este primer análisis nos permitirá individuar lo mejor posible los datos del problema y abrirnos a una ulterior solución. En un segundo momento trataremos de sacar las conclusiones que permitan hacer del Evangelio una verdadera *fuentes* de cultura.

## 1. EL DESAFIO EVANGELIZADOR CONTEMPORANEO

Pablo VI en su exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio lanza a la Iglesia de hoy un desafío extraordinariamente radical: “para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (EN, 19). La radicalidad no puede ser mayor. Se trata de transformar los *criterios*, los *valores*, los *intereses*, el *pensamiento*, las *fuentes* inspiradoras y los *modelos* de vida de la humanidad. Todo esto se retoma en la ya conocida y repetida expresión que, por ser tal, no implica el haber sido entendida y profundizada en todo su alcance. “Lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et Spes* (50), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios” (EN, 20).

No se trata, como lo hemos anotado en otras ocasiones, sim-

plemente de “fomentar” y “elevar” la cultura o de dialogar con ella, como lo propone el Vaticano II, ni tampoco de “atender a la cultura” como se propone en Medellín y en otros documentos eclesiológicos, sino de evangelizarla hasta sus mismas raíces. Este es el sentido de expresiones tan fuertes como: “sacudir profundamente la conciencia del hombre”; “transformar verdaderamente al hombre de hoy”, proclamar el Evangelio “para inserirlo en el corazón del hombre con convicción, libertad de espíritu y eficacia” (EN, 4).

Sin invalidar en nada la doctrina del Concilio Vaticano II en la *Gadium et Spes*, creemos que este llamado evangelizador representa un avance cualitativo en la tarea misma propuesta a la Iglesia de hoy. En efecto, en el Concilio la cultura se presentaba como una realidad autónoma con la cual el Evangelio había de entrar a realizar un diálogo. Estábamos en plena secularización y se buscaba exaltar la autonomía de las realidades terrestres, y por consiguiente de la cultura, mientras se exaltaba por otra parte la independencia de la fe en razón de sus orígenes: no obstante se reconocía que la fe se encarna en la cultura y que ésta sirve de base o preparación para recibir el Evangelio (cfr. GS, 57). La naturaleza de estas relaciones podría resumirse diciendo que para el Concilio la fe eleva, fecunda, perfecciona y purifica la cultura. La cultura es, a su vez, medio de encarnación, difusión, expresión y comprensión de la fe. Pero propiamente hablando, la fe no *engendra* la cultura. De estas relaciones, así concebidas, se derivan lógicamente, las metas que propone el Concilio: *elevar* la cultura y buscar los medios más adecuados de *expresión y comunicación* de la fe (Cfr. GS, 62). Por eso a los Teólogos se les señala como tarea “buscar siempre un modo más apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de su época” (GS, 62), y a los fieles en general se les recomienda que vivan “en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiempo y se esfuercen por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura” (ib.).

En América Latina, la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Puebla, quiso asumir de una manera también muy radical este propósito evangelizador. Es así como el primer objetivo que se propone con relación a la cultura es el de su evangelización “en lo hondo, en la raíz” (Puebla, 303), no sólo del corazón del hombre sino de los pueblos (Cfr. 362). Se trata de realizar una “redención integral de las culturas, antiguas y nuevas de nuestro Continente, teniendo en cuenta la religiosidad de nuestros pueblos” (343). “A partir de la

persona [...] el Evangelio debe penetrar en su corazón, en sus experiencias y modelos de vida, en su cultura y ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de vivir y de convivir” (350).

Dentro de este proceso, se trata de alcanzar por la evangelización no sólo al individuo, sino a la cultura del pueblo. (Véase Puebla 394 donde cita textualmente los nn. 19 y 20 de EN.).

“En el cuadro de esta totalidad, la evangelización busca alcanzar la *raíz* de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una *conversión* que pueda ser base y garantía de la *transformación* de las estructuras y del ambiente social”. (Puebla, 388, haciendo referencia al número 18 de la Evangelii Nuntiandi).

Pero el objetivo propuesto no mira solamente a la *interioridad* y a la *profundidad*; también a la exterioridad y a la extensión. La penetración por el Evangelio de los valores y criterios de la cultura, debe conducir a una conversión de los hombres y de las estructuras mismas para que ellas sean plenamente humanas. “Evangelizados por el Señor en su Espíritu, somos enviados para llevar la Buena Nueva a todos los hermanos, especialmente a los pobres y olvidados. Esta tarea evangelizadora nos conduce a la plena conversión y comunión con Cristo en la Iglesia; impregnará nuestra cultura; nos llevará a la auténtica promoción de nuestras comunidades y a una presencia crítica y orientadora de las ideologías y políticas que condicionan la suerte de nuestras naciones” (Puebla, 164).

## 2. LA EVANGELIZACION Y SUS EXIGENCIAS

El desafío anterior nos lleva, evidentemente, a preguntarnos en qué consiste la tarea evangelizadora. De ella tenemos una descripción bastante clara en la misma Exhortación Apostólica. Queremos sin embargo anotar que más allá de esta descripción es necesario buscar la radicalidad que corresponde a los propósitos ya enunciados. En los números 21 a 24 de la Evangelii Nuntiandi, se nos indican los tres elementos fundamentales de la evangelización:

### 2.1. El testimonio (EN, 21, 41)

Este testimonio comporta “presencia, participación, solidaridad” (EN, n. 21). No se trata simplemente del ejemplo de una

vida buena, sino que implica mucho más. Es la capacidad de comprensión y aceptación, de *comunión de vida y de destino con los demás*, de *solidaridad* en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y de bueno (Cfr. EN, 21). Este punto me parece de extraordinaria importancia cuando hablamos de una evangelización de la cultura. Como veremos más adelante, en esta *comunión de vida y de destino con los demás*, radica efectivamente la capacidad de partir de la misma matriz de la cultura.

## 2.2. El anuncio (EN, 22, 42)

Para evangelizar no basta el testimonio. No es suficiente el que los demás traten de adivinar a alguien o a algo, sin que puedan darle un nombre. Es necesario pasar al anuncio explícito (EN, 22). Este anuncio implica una serie de actividades en la Iglesia: predicación (42), Liturgia de la palabra (43), Catequesis (44), empleo de los medios de comunicación social (45), contacto personal (46), acción sacramental (47), cultivo de la religiosidad popular (48).

Este anuncio cobra su importancia por el hecho de ser una *invitación y un ofrecimiento a reproducir la experiencia cristiana fundamental* de la cual se espera que desencadene un proceso de conformación con Cristo.

## 2.3. Adhesión vital a un mundo nuevo (EN, 23)

Todo lo anterior ha de ser complementado y en último término perfeccionado por lo que "Evangelii Nuntiandi" llama una "adhesión al Reino, es decir, al 'mundo nuevo', al nuevo estado de cosas, a la manera de ser, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio" (n. 23). Aquí están dadas las exigencias fundamentales de una verdadera Evangelización. Pero a pesar de que el Pontífice explicita el contenido profundo de ella, nos parece que se queda corto, al subrayar casi exclusivamente el aspecto escatológico dejando de subrayar con más fuerza algo que es definitivo, es decir el compromiso real de ir construyendo desde ya este mundo nuevo. Sabemos, desde luego, que allí no se excluye, pero tratando de explicitar la radicalidad de la tarea evangelizadora, nos parece que es del todo indispensable el ponerlo de relieve y en primera fila. "Tal adhesión, que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado se revela concretamente por medio de una entrada visible, en una comunidad de fieles". Esta entrada en la comunidad eclesial se manifiesta a través de muchos signos que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia. Sin

embargo estos signos, nos dan la impresión de referirse prácticamente a la pertenencia a una comunidad sobre todo de tipo sacramental.

Quizás una formulación más adecuada iría en la línea de subrayar la adhesión del evangelizador al compromiso por construir un mundo nuevo, un nuevo estado de cosas, una nueva manera de ser y de vivir. Esta formulación en nada excluye la dimensión escatológica, sino que subraya su incidencia en el mundo presente. Es en este contexto en donde hay que ubicar las exigencias que se hacen a los seglares. "Los seglares cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización" (EN, 70). A ellos les corresponde "el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc." (ib.).

Sin dejar de lado ninguno de estos tres elementos, el testimonio, el anuncio, y la adhesión vital a un nuevo estado de cosas, dejamos por ahora en suspenso la pregunta de si no es esta última precisamente la que nos conduce a la raíz misma de la cultura, y por lo tanto, la que cumple de una manera primordial con el desafío evangelizador planteado por la Exhortación Apostólica. Creemos, desde luego, que es necesario realizar cada una de estas acciones, pero es necesario subrayar que se ha limitado quizás fundamentalmente a las dos primeras y no acaba de asumir con toda la seriedad que es indispensable este último elemento.

Estas consideraciones nos abren al punto siguiente de nuestra reflexión que es el de preguntarnos en qué consiste la cultura para poder llevar la evangelización a su misma raíz.

## 3. LA CULTURA: SUS RAICES Y SU ENCLAVE ACTUAL

No es nada fácil ponerse de acuerdo sobre una definición de cultura. Filósofos, Antropólogos, Sociólogos, Psicólogos, etc., discuten sobre el sentido exacto de lo que esta palabra significa.

No se trata aquí de llegar a una definición aceptable por todos, sino de poner algunas bases que nos suministren elementos suficientes para tratar de determinar la forma concreta que debe llevarse a cabo la evangelización radical de la cultura. Para este efecto, y viviendo en un medio latinoamericano, me valdré de las indicaciones dadas acerca de la cultura en el documento de Puebla. Ellas me parecen incluso más desarrolladas que las mismas que se presentan en los documentos conciliares. Tienen además la ventaja de que se colocan dentro del ámbito de la evangelización.

### 3.1. La Cultura como cultivo de las relaciones del hombre con la realidad

“Con la palabra “cultura” se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios” (GS, 53b) de modo que puedan llegar a “un nivel verdadera y plenamente humano” (GS, 53a). Es el “estilo de vida común” (GS, 53c) que caracteriza a los diversos pueblos; por ello se habla de “pluralidad de culturas” (GS, 53c)” (Puebla, 386).

En la anterior definición se señalan los términos básicos de la realidad con que el hombre se relaciona: la *naturaleza*, el *hombre* y *Dios*. Interpelado por ellos, el hombre como colectividad (“en un pueblo”) construye sus respuestas imprimiéndoles el sello de su particularidad y estilo. Esta actividad es la “respuesta a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación (Gén.) y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales” (Puebla, 391). Este cultivo, así entendido, crea un “estilo de vida” (Cfr. 423, 439), una “modalidad” propia (Cfr. 402) que caracteriza a los diversos pueblos (Cfr. 386). A lo anterior hay que añadir un punto fundamental que es el de la libertad y que subraya también el mismo Documento. “La libertad implica siempre aquella capacidad que en principio tenemos todos para disponer de nosotros mismos a fin de ir construyendo una comunión y una participación que han de plasmarse en realidades definitivas, sobre tres planos inseparables: la relación del hombre con el mundo, como señor; con las personas, como hermano y con Dios como hijo” (322).

### 3.2. La cultura como proceso de exteriorización y objetivación da la interioridad

“La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de

un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros los reúne en base a una misma “conciencia colectiva” (EN, 18). La cultura comprende así mismo las formas a través de las cuales aquellos valores y desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes” (Puebla, 387).

Nos encontramos en esta descripción con tres elementos fundamentales:

- Valores y desvalores (conciencia colectiva)
- Formas de expresión (costumbres y lengua)
- Formas de configuración (instituciones y estructuras de convivencia social).

Nos parece ver en esta descripción un proceso creciente de exteriorización y objetivación de lo que hay de más profundo y que radica en la conciencia, o sea los valores y los desvalores. Ellos adquieren formas de expresión particular que se encarnan en las costumbres y en la lengua; y conducen a una configuración todavía más objetiva como son las Instituciones y las estructuras de convivencia social.

### 3.3. La cultura como proceso histórico y social

“La cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos: se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular: la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. La cultura es una realidad histórica y social” (Puebla, 392).

La cultura se presenta, pues, como un proceso vivo, sujeto al natural desarrollo vital: germina, nace, asimila, decae, muere y renace; está sometida a “nuevos desarrollos” se ve “desafiada” por nuevos valores o desvalores, sufre el “impacto” de otras culturas (Cfr. 415), está continuamente abocada a la “realización de nuevas síntesis vitales” (Cfr. 393-395).

Así, pues, formación, transformación y transmisión, son los momentos de su desarrollo y tienen como base el “sedimento cultural preyacente” (411) y la “experiencia histórica y vital de los pueblos” (392).

A su naturaleza de proceso histórico y social, van ligadas algunas de las características más importantes señaladas por Puebla: la cultura es una actividad creadora (Cfr. 391) y dinámica, envuelta con frecuencia en situaciones dramáticas de lucha, en medio de luces y sombras, acicateadas por contradicciones y desgarramientos (Cfr. 6). Esto hace que ella misma necesite un "cultivo", es decir, una atención continua y consciente a su evolución, especialmente en los momentos de crisis y de formación de nuevas síntesis (Cfr. 393).

### 3. 4. Naturaleza totalizante de la cultura

Si consideramos los elementos presentados en las descripciones anteriores, llegamos a la conclusión de que la cultura engloba y abarca todos los aspectos de la vida humana. En efecto, en primer lugar, la cultura abarca todas las formas de relación del hombre con la realidad: el mundo, los demás hombres y Dios. La cultura abarca también todo el proceso de manifestaciones de la vida humana: la formación de la conciencia desde el punto de vista de sus valores y desvalores, su manifestación a través de las formas diversas de comunicación, y finalmente por medio de la vida precisamente como proceso histórico y social. En consecuencia, no hay absolutamente nada de la vida de un pueblo que no se halle dentro de los marcos de la cultura. Es toda la realidad y las relaciones que el hombre establece con ella; es su interioridad y su exterioridad, es la totalidad de su proceso social e histórico, económico y político.

El Papa Juan Pablo II, en su discurso sobre Fe y Cultura en la Universidad de Lovaina, el lunes 20 de mayo de 1985, afirmaba que "la cultura no es un asunto exclusivamente de científicos y mucho menos ha de encerrarse en los museos. Yo diría que es el hogar habitual del hombre, el rasgo que caracteriza todo su comportamiento y su forma de vivir, de cobijarse y de vestirse, la belleza que descubre, sus representaciones de la vida y de la muerte, del amor, de la familia y del compromiso, de la naturaleza, de su propia existencia, de vida en común de los hombres y de Dios" (n. 1).

### 3. 5. Dimensión comunitaria y tradicional de la cultura

De todo lo anterior aparece claro también que sólo podemos hablar de cultura cuando nos referimos a un *grupo humano* que de alguna manera se ha constituido en *comunidad*. Porque si la cultura es ese proceso que va organizando la relación del hombre

con todo lo demás, el hombre al que nos referimos no es una abstracción: es el hombre concreto, ser social, que se define y constituye por sus relaciones estables y dinámicas con los demás. Y son esas relaciones las que constituyen el núcleo cultural. Las respuestas que ese hombre, *sujeto colectivo*, va creando frente a la realidad, sus modos de exteriorización y de objetivación, etc., no sólo se realizan dentro de una comunidad, sino que van constituyendo la misma comunidad.

Por otra parte, no hay sujeto humano sin identidad; y no hay identidad sin un flujo de continuidad histórica. No hay futuro sin presente y sin pasado. El ser "histórico" del hombre, no es algo adjetivo sino constitutivo; estamos constituidos integralmente por la historia. Por eso el sujeto colectivo implica siempre una *tradicción*, que es la que marca esa identidad fundamental desde la cual actúa. Por eso también la cultura dice siempre relación a una tradición: dinámica y dialéctica sí, pero tradición.

Este aspecto será de gran importancia para la evangelización, porque ésta no podrá realizarse entonces, en forma radical, sino en y a través de un sujeto colectivo, es decir, de una comunidad y de su tradición.

### 3. 6. Las raíces de la cultura

Supuestos los análisis anteriores, podemos tratar de identificar las raíces de donde brota la cultura. Creo que básicamente podemos agruparlas en dos categorías: objetivas y subjetivas. — *Raíces objetivas*

Las raíces objetivas están constituidas por *la misma realidad* en la triple dimensión ya indicada: la naturaleza, el hombre y Dios. La naturaleza no sólo interpela de manera peculiar en cada uno de los ambientes particulares, sino que va modelando también el alma de los pueblos. Es el caso de la geografía, el clima, el paisaje. De allí brotarán formas diferentes de comportamiento y acción; formas diferentes de sensibilidad y de actitud frente a la vida.

Por otra parte, los procesos históricos vividos por cada grupo humano, comunidad, nación o país, determinan claramente las formas antropológicas y sociales. La historia, el objetivarse, marca una forma de ser particular que interpela de manera diferente y espera respuestas diferentes. El Documento de Puebla, por ejemplo, señala las etapas objetivas de esta historia en América Latina, caracterizadas como la conquista, la colonización y las luchas de independencia política. Estas luchas continúan hoy en forma extraordinariamente viva. El hoy de este

proceso histórico objetivo, no puede menos de determinar hondamente el tipo de cultura que se está engendrando y que se ha de construir.

Finalmente, la experiencia de Dios, aunque en el fondo es idéntica en cuanto manifestación de un único misterio absoluto, está tamizada por todos los condicionamientos objetivos anteriores. De ahí la diversidad y pluriformidad de las experiencias religiosas de los pueblos.

Todos estos procesos van dejando además una serie de estructuras sociales, económicas y políticas, que se convierten a su vez en nuevas raíces de cultura.

#### — Raíces subjetivas

La importancia de las raíces objetivas descansa primordialmente en el tipo de respuestas que exigen, pero no menos en el tipo de subjetividad que van plasmando.

Las raíces subjetivas son aquellas que conforman desde dentro al sujeto mismo que hace la cultura, es decir a ese *sujeto colectivo* al cual nos veníamos refiriendo.

La primera de ellas es quizás la raza. La raza no es simplemente el conjunto de características genéticas y somáticas de un pueblo, sino sobre todo su manera típica de ser condicionada por las características anteriores.

Así, por ejemplo, Puebla señala en América Latina la existencia de grupos culturales autóctonos de origen africano, de indígenas o aborígenes con sus propias formas de organización social, de sistemas simbólicos, costumbres, celebraciones, artes y aun habilidades manuales.

Pero más allá de este carácter racial está lo que podríamos llamar el *alma* del pueblo, el *corazón* de una comunidad o de un grupo; el *genio* propio que lo constituye y manifiesta. Es la manera propia de sentir, de reaccionar, de vibrar afectiva y emotivamente. Aunque más que la expresión de la emotividad en sentido psicológico, como algo contrapuesto al intelecto, es la capacidad del espíritu de captar el ser y su carácter axiológico. Es la capacidad de *simpatía*, o de sentir junto con la realidad sentida; la capacidad de *empatía*, o de identificación con esa misma realidad. El corazón es el centro de la personalidad de un individuo o de un grupo; es el núcleo desde donde enfrenta la realidad.

Todo ello está marcado y determinado, a mi manera de ver, por lo que Jung ha denominado el inconsciente colectivo con sus arquetipos, en cuanto cauces labrados por experiencias ancestrales, y por donde fluye el caudal de las experiencias actuales. Allí

radican las fuentes míticas y simbólicas de un pueblo, su actitud fundamental frente a la vida y al ser.

No basta, sin embargo, con indicar el inconsciente colectivo como fuente de cultura. Es necesario hablar, y cada vez más, de la conciencia colectiva. Es decir, de la claridad o auto-conciencia con que los pueblos asumen cada vez más su pasado y su presente y buscan construir su futuro. Porque no menos que los fundamentos constituidos por las experiencias, son raíces fundamentales de cultura los requerimientos antropológicos del sujeto colectivo: sus requerimientos biológicos y estéticos, prácticos y dramáticos, intelectuales, afectivos y religiosos. (A ellos nos referiremos más adelante). Desde estos requerimientos subjetivos surge también la construcción de la cultura.

El Sínodo de los Obispos sobre "Evangelización en el mundo contemporáneo" (n. 8), dice que son elementos "casi constitutivos" de los posibles oyentes de la Palabra de Dios, "sus necesidades y aspiraciones, la manera de hablar, sentir, pensar, juzgar y relacionarse con los demás".

### 3.7. El principio estructural de la cultura

Toda cultura, por otra parte, no está constituida únicamente por las relaciones mismas que sitúan al hombre en su mundo, en su espacio y en su tiempo, sino también por el modelo que las rige y organiza.

Un análisis cultural tiene como función descubrir este principio estructural, "normalmente velado, que da coherencia a una cultura no sólo intrínsecamente, sino como modelo de relación con el mundo y de integración coherente de la multiplicidad inherente a esa relación. Este principio se convierte entonces en el código interpretativo válido de las relaciones concretas interpretativas, simbólicas o prácticas de determinado grupo social con su medio. Descubrirlo es develar el significado de la cultura y sus elementos constitutivos y permitirá actuar los procesos de cambio cultural desde un protagonismo consciente" (Jorge Cela, S. J. "Tengo un dolor en la cultura. Análisis cultural", en *Estudios Sociales*, Santo Domingo, n. 56, pág. 26).

### 3.8. El enclave actual de la Cultura

Es evidente que no podemos hablar hoy de unidad cultural. Su pluralidad salta a la vista aún en regiones tradicionalmente consideradas como pertenecientes a una misma cultura. Basta para comprobarlo mirar cualquiera de nuestras ciudades. Más



aún, el sujeto mismo se descubre como participante en grupos culturales diferentes durante una misma jornada: sitio de habitación y de trabajo, de estudio y de descanso, y desplazándose de uno a otro grupo con el consiguiente cambio de actitudes y valores. Cada vez son menos las personas que pueden vivir constantemente en un único ámbito cultural. Pero ¿cuál es realmente su cultura? Es decir, ¿cuál es la comunidad con que realmente se identifica?

Esta situación se hace más compleja aún, con los medios de comunicación que la técnica moderna lleva a todas partes y con los cuales se propaga la mentalidad urbana a todos los ambientes.

Por otra parte, las personas a quienes queremos evangelizar muy probablemente ya no tienen un mundo simbólico claro, pues su significación se encuentra llena de una multitud de objetos, pero a los cuales no encuentra un verdadero sentido.

Ante una disociación tal de las personas, se hace necesaria una tarea de identificación cultural, que no se logra con la simple redistribución geográfica de las personas y los pueblos sino que exige una nueva pedagogía que busque solucionar los requerimientos fundamentales de la vida humana hoy, desde la *comunidad* que determina efectivamente la pertenencia del individuo.

Estos requerimientos pueden comprenderse y catalogarse según las siete pautas de experiencia que maneja la psicología moderna. Dichas pautas son: la biológica, la estética, la práctica, la intelectual, la dramática, la afectiva y la religiosa.

Desde las pautas biológica y estética, el hombre de hoy busca condiciones para una vida digna, más o menos cómoda y segura, y si es posible, desea sentirse a gusto. Por ello entonces, vivienda, salud, alimento, descanso y recreación, son requerimientos típicos para las respuestas que la Cultura debe proporcionar en cada época y región. ¿Cuál ha de ser el papel del Evangelio, si ha de hacerse presente en estos enclaves culturales?

Desde las pautas intelectual y práctica, el hombre de hoy desea estar bien informado para poder participar responsablemente en las tomas de decisiones que determinan su propia historia. Requiere además un trabajo digno, que le garantice el máximo poder adquisitivo y en lo posible con el menor esfuerzo. Desea también poder desarrollar convenientemente sus propias capacidades y gozar de ellas. ¿Puede el Evangelio ofrecer una respuesta a estos requerimientos?

Más profundamente aún, desde las pautas dramática y afectiva, el hombre de hoy siente una gran necesidad de reconocimiento

y estima, no sólo individual, sino social y nacional, como ocurre, por ejemplo, con las pequeñas naciones. La propaganda comercial y las modas lo sitúan frente al riesgo de perder su papel en el drama de la vida si no se somete a ellas. De ahí que busque también la liberación de estas esclavitudes. La soledad, el abandono y el fracaso de relaciones estables, crean otras necesidades de vida social a las cuales debe responder la cultura. También aquí, el Evangelio ha de producir una palabra eficaz.

Y finalmente desde la pauta religiosa, la más pertinente para nuestro tema, el hombre de hoy presenta una gran crisis de sentido. Su vida tan múltiple y acelerada, se le presenta desintegrada y sin orientación clara. No sabe de dónde viene ni hacia dónde va; y lo que es peor, no sabe quién es y por qué se encuentra en este mundo. De ahí, que consciente o inconscientemente se busque ayudas que traten de responder a esta situación y una de ellas, para nosotros la más importante, es la de una auténtica evangelización que permita descubrir el auténtico sentido de la vida: un sentido trascendente y cristiano.

Pero las culturas de hoy presentan además problemas típicos de la época. Así, ante la supuesta generalización y uniformidad, se dan emancipaciones y conflictos, pues se rechaza la cultura de los poderosos que pretenden imponer modelos desarrollados o "standard" de respuestas que todos deben aplicar, sin la debida atención a los requerimientos concretos y a veces urgentes de cada pueblo.

Además, el privilegio de la utilidad sobre los demás valores humanos y cristianos, llegando incluso a desprestigiarlos, hace que se pierda la justa proporción de las cosas y jerarquía, y se caiga en falsos absolutos de tipo comercial o mercantil.

Los problemas actuales de las culturas son de tal complejidad que se hace indispensable una adecuada metodología para comprenderlos e interpretarlos. Y así mismo, elaborar un lenguaje apropiado para comunicar respuestas con sentido para el hombre de hoy.

La hondura de estos problemas adquiere una dimensión universal cuando consideramos que son los *conceptos* mismos y los *valores* los que se ponen en juego en los grandes conflictos del mundo de hoy. Así, por ejemplo, el concepto de la *paz* y de sus fundamentos. ¿Cómo se concibe y en qué se ha de fundamentar este requerimiento y aspiración de la humanidad? ¿En el flujo de un mercado libre? ¿En la dominación "pacífica" o violenta de unos pueblos por otros? ¿En la participación y en la justicia? ¿En el bienestar del pueblo? ¿Qué son y en dónde se fundamentan

los *derechos humanos*? ¿En lo personal-individual? ¿En el desarrollo económico? ¿En la etnia, en la clase, en la nación? ¿En la auto-determinación? ¿Qué es la *democracia*, y cuál es el tipo de democracia que corresponde a los verdaderos derechos humanos? ¿En qué consiste el *pluralismo* político, ideológico o religioso? Un análisis serio de la situación mundial, con sus gravísimos problemas y conflictos económicos, sociales, políticos y religiosos, nos daría como resultado el que todos ellos son fruto de respuestas divergentes a los requerimientos humanos fundamentales. Manifestaciones de culturas construidas sobre valores diferentes. ¿En las luchas por la *paz*, por los *derechos humanos*, por la *democracia* y la *auto-determinación* tiene el Evangelio una palabra eficaz que haga realidad?

#### 4. PROBLEMATICA DE LA RELACION EVANGELIO-CULTURA

##### 4.1. Mutua integración Cultura-Evangelio

Cuál es la relación que existe o puede existir entre el Evangelio y la Cultura. “El Evangelio —nos dice Pablo VI en la tantas veces citada *Evangelii Nuntiandi*— y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas” (EN, 20). Por otro lado, “el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna” (ib. 20).

Lo anterior nos indica que evangelización y cultura no son separables: la cultura informa a la revelación y a su vez queda integrada en ella; pasa a mí, y en último término queda englobada en la revelación. Podemos distinguir entre Evangelio y Cultura, podemos encontrar puntos de distinción; pero no podemos separarlos. El Evangelio es una manera de *hacer* Cultura y por eso la evangelización no puede consistir en repetir sino en crear y en recrear.

A esto se añade que la revelación cristiana es marcada-

mente histórica; y lo histórico es cultural. Se sigue que la evangelización necesariamente se tiene que hacer en un encuentro con la cultura y las culturas. El cristianismo es, no solamente histórico en su origen, sino también en toda su trayectoria. Ningún hombre ha escuchado la “nuda vox Dei”, independientemente de toda cultura.

##### 4.2. Riesgos para la Cultura y para el Evangelio

Pero esta relación tan estrecha comporta riesgos tanto para la Cultura como para el Evangelio. Ya Pablo VI los indicaba refiriéndose de una manera más específica a la liberación (cfr. EN, nn. 32, 33, 34). El primero de ellos es el de la reducción y las ambigüedades. El evangelizador puede, en efecto, sentir con frecuencia la tentación de reducir su misión a dimensiones de un proyecto puramente temporal y sus objetivos a una perspectiva antropocéntrica. Por otra parte la cultura puede verse sometida, en muchas ocasiones por medio de una evangelización mal entendida, a una especie de imperialismo o de colonialismo religioso y cultural. No es nada fácil realizar la misión de encarnación del Verbo de Dios, cuando lo divino se encarna en lo humano y lo humano se realiza en lo divino, sin que lo divino se pierda en lo humano y lo humano se disuelva en lo divino. Este imperialismo o colonialismo religioso o cultural brota con frecuencia de la pretensión “normativa” de una cultura y no raras veces de la misma fe.

El Evangelio, pues, no puede perder su *especificidad*; pero al mismo tiempo debe crear una cultura que siendo distinta en cada pueblo, ha de tener notas comunes. El Evangelio tampoco puede perder su nota de catolicidad; y por consiguiente no puede darse una federación de evangelios aunque estrictamente podría existir una federación de culturas. Por eso, una vez más, es la Encarnación el modelo propio para superar todos estos riesgos y dificultades.

##### 4.3. Dificultades provenientes de la naturaleza misma del Evangelio

A los anteriores riesgos en las relaciones Evangelio-Cultura, es necesario añadir las dificultades que en esta relación brotan de la naturaleza misma de la experiencia y del mensaje evangélicos. La primera dificultad es la que surge de los elementos de una cultura que de por sí bloquea, hace imposible o distorsiona de entrada una experiencia evangélica. Tales son, por ejem-

plo, los elementos propios de una cultura materialista en donde el hombre ha sufrido la atrofia de su capacidad trascendente, o de aquellas culturas donde lo religioso ha sufrido una profunda distorsión, por ejemplo a través de la magia y la superstición.

Una dificultad más profunda, propia de la cultura de nuestro tiempo, es la imposibilidad de experimentar la necesidad de *salvación*; esta dificultad es característica del mundo "adulto" secularizado, que ha conformado una cultura auto-suficiente, convencida de tener bajo su dominio, al menos potencial, todas las fuentes de la vida y de la muerte, del bien y del mal.

Pero hay todavía más. Es la dificultad de captar en un mundo de "poder", como el nuestro, el elemento "sorpresa" del Evangelio: el de un Dios para quien "poder" es "servir"; para quien el "conflicto" no se resuelve con la "violencia" y el dominio del más fuerte, sino con el "perdón", la "reconciliación" y la "misericordia". Un Dios cuya predilección es el pobre, el pequeño, el marginado. Es el escándalo siempre vivo de la cruz, de la sabiduría divina frente a la sabiduría humana.

Las relaciones Evangelio-Cultura serán siempre "conflictivas", siempre habrá en ellas tensión; siempre estarán manifestando su mutua necesidad y sólo una actitud profundamente evangélica y profundamente humana podrá realizar una vez más el misterio de la encarnación. Se trata en último término de encontrar un "punto de vista superior" que no destruya los anteriores, sino que los sublime.

## 5. CONCLUSION:

### EL EVANGELIO "FUENTE" DE CULTURA

Las afirmaciones de Pablo VI, recordadas al comienzo de estas reflexiones, y que se referían no sólo a la radicalidad del compromiso, sino también y sobre todo a la radicalidad de la acción evangelizadora, retornan después de los análisis que acabamos de hacer. ¿Cómo estar presentes con el Evangelio en las raíces mismas de la Cultura?

Por otra parte, el actual Pontífice, Juan Pablo II, en su discurso a la comunidad universitaria de Lovaina (Mayo 20 de 1985) afirmaba: "La fe es *fuentes* de cultura y la cultura es *expansión* de la fe" (n. 2, bastardilla nuestra) y añadía:

"Una fe que no se hace cultura, es una fe no plénamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida" (ib.). Finalmente, dirigiéndose a los cristianos en general, afirmaba con el mismo énfasis: "La fe cristiana, por su naturaleza, tiende además a hacer crecer nuestra vida humana [...] La fe cristiana es también una forma eminente de humanismo. Esta cultura del Evangelio se expande sobre todo en vuestras comunidades cristianas" (ib. n. 10).

### 5.1. Posibilidades fundamentales de evangelización

Dos posibilidades fundamentales parecen surgir frente a los retos planteados. Ambas son válidas, más aún complementarias, pero una de ellas es sin lugar a dudas más radical.

La primera se sitúa más directamente quizás en la línea trazada por el Vaticano II. Consiste en la búsqueda de un *diálogo* con las culturas y en el esfuerzo por *hacer inteligible* la fe a los mundos culturales que se van constituyendo. La segunda corresponde más al desafío de la Evangelii Nuntiandi y a las afirmaciones de Juan Pablo II: es necesario asumir y vivir el Evangelio como *fuentes* de cultura; es indispensable que *la fe se haga cultura* y sea así un factor de *crecimiento de la vida humana*.

La primera posibilidad la explicitaba Puebla cuando hablaba de la necesidad de *conocer* y *amar* las culturas y los pueblos (cfr. 397), así como de *adaptarse* a ellos esforzándose por realizar un trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en que se inserta (cfr. 404).

La segunda, más radical, la presenta también explícitamente cuando habla de la necesidad de "atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura" (Puebla, 398) para *encarnarse* en ella (cfr. 400) y prestar una contribución al crecimiento de los "gérmenes del Verbo" presentes en las culturas (cfr. 402). Pero sobre todo cuando pone de relieve la importancia de que la Iglesia esté presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y mueren viejas culturas para dar lugar a nuevas síntesis. Cuando afirma que es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando están crecidas y estabilizadas (cfr. 393). Finalmente, cuando llama a una presencia más decidida en los centros donde se generan las vigencias culturales y donde emergen los nuevos protagonismos (cfr. 1125).

Pero, una vez más, ¿cómo realizar todo esto? ¿Cómo puede el Evangelio ser *una forma de hacer cultura*?

Creo conveniente iluminar esta segunda posibilidad con algunas reflexiones de tipo teórico que nos permitan profundizar en el tema. Me inspiraré para ello en algunos elementos del "Método en Teología" de Bernard Lonergan (Lonergan, "Method in Theology", Darton, Longman and Todd, London 1937) para quien la Teología no es otra cosa que una "mediación entre una determinada matriz cultural y el papel de una religión dentro de dicha matriz". Es esto precisamente lo que venimos buscando con nuestras reflexiones.

Dijimos, por otra parte, que para actuar los procesos de cambio cultural desde un *protagonismo consciente* era preciso develar el principio estructural, o significado de la cultura y sus elementos (cfr. supra, 3.7). En nuestro caso concreto, ese principio estructurante y fuente de la cultura que queremos realizar no es otro que el mismo Evangelio. Por eso resulta indispensable esclarecer su función "significante" en este proceso. Es decir, resulta necesario clarificar la forma como el Evangelio puede convertirse en *modelo* que engendre y *estructure* una cultura.

## 5.2. Significación y cultura

### — Qué es la significación

La Cultura, como hemos visto, es el mundo creado por el hombre. Este mundo es mediado y estructurado por la significación, por el sentido que el hombre va imprimiendo a las respuestas que da a sus necesidades vitales, y es impulsado por los valores. La significación consiste en el sentido, la orientación, la finalidad, la clave de inteligibilidad y coherencia de los mundos que construimos. En otras palabras, el mundo del hombre, su cultura, se engendra por el sentido, por la significación, y gira alrededor de ella. La significación, en un primer momento, la descubrimos en las cosas: es la estructura que las constituye y las relaciona ontológicamente. Pero la significación también *la creamos, la producimos*. Es entonces cuando se convierte en cultura. Cuando el Evangelio comienza a dar significación, a crear sentido, comienza a convertirse en cultura.

La significación tiene como base elemental la *intersujetividad humana*, es decir nuestra mutua pertenencia y solidaridad. Por eso la significación se da por lo menos entre dos: la significación es fundamentalmente social. Se encarna en los *gestos* (significaciones intersubjetivas elementales), en los *símbolos* (expresiones de experiencias y sentimientos), en el *arte* (que nos libera de un mundo ya hecho y nos traslada a un mundo de liber-

tad estática y creadora), en la *lengua* (que al dar nombre ordena y estructura el mundo que rodea al sujeto y le permite orientarse dentro de él), en la *persona*: es decir en su forma de vida, en sus palabras y en sus hechos. Pero la significación se encarna ante todo en la *sociedad*: en el estilo de vida, en las costumbres, en las instituciones. En otras palabras, la significación engendra la cultura.

La significación, por lo demás, no puede ser creada sino a través de los valores. Porque es en ellos donde el bien adquiere el tinte propio de cada sujeto individual o colectivo, que permite hacer los juicios y tomar las determinaciones para la acción. El sentido, la orientación, la finalidad, la inteligibilidad, no es posible darla sino con relación al bien que se pretende, percibido como valor.

### — Funciones de la significación

La significación tiene diversas funciones: es *cognoscitiva* en cuanto nos saca del mundo de la inmediatez, de lo dado en cuanto dado, y nos abre a lo ausente, a lo pasado y a lo futuro, a lo posible, a lo ideal, a lo normativo, a lo que puede ser objeto de nuestra creatividad. En el caso de la evangelización, nos abre al ideal, a lo que hay que construir, que es un mundo nuevo transformado en Cristo. Un mundo "trascendente" que se abre al más allá, pero ubicado en el más acá. Es la "utopía" del Reino.

La significación, digamos el Evangelio en nuestro caso, es *eficiente* en cuanto produce realidad imprimiendo una finalidad concreta a las decisiones y acciones humanas. Porque lo que hacemos, lo pretendemos, lo imaginamos y lo planeamos. Así, la significación hace la totalidad del mundo humano en cuanto ésta es producto acumulativo de nuestras acciones, determinadas por una finalidad. En nuestro caso evangelizador se trata de imprimir en la acción humana la finalidad específicamente evangélica: la fraternidad universal en Cristo.

La significación es *constitutiva* en cuanto conforma intrínsecamente las instituciones sociales: la familia, el estado, las leyes, la economía, etc. Tratándose de la acción evangelizadora, el objetivo es el de hacer que las instituciones humanas lleven el sello del cristianismo al hacer que los valores evangélicos constituyan bienes reales para la particularidad de cada grupo o comunidad humana y se encarnen en ellos.

Finalmente, la significación es *comunicativa* y es ésta la función que nos interesa primordialmente en el proceso evangelizador.

Porque "lo que un hombre significa es transmitido a otro de manera intersubjetiva, artística, simbólica, lingüística, personalizada. Así, la significación individual llega a ser significación común" (Lonergan, "Method in Theology", p. 78). La cultura, como veíamos anteriormente, comienza a ser en el momento en que se da un conjunto de respuestas propias de una comunidad.

Además, es necesario considerar, que "una comunidad no es solamente un número de hombres que viven dentro de unas fronteras geográficas. Es la realización de una significación común" (ib., p. 79). Y la significación puede ser común, en la medida en que hay un campo común de *experiencia*; la comunicación es formalmente común cuando hay una serie de intelecciones comunes, y es actual en la medida en que hay juicios comunes, áreas en las cuales todos se pronuncian de la misma manera en favor o en contra de algo. "La significación común se realiza por medio de decisiones y elecciones; especialmente por la lealtad que hace los estados, en la fe que edifica las religiones. La comunidad se cohesionan o se divide, comienza o termina, precisamente cuando comienzan o terminan el campo común de experiencia, la comprensión común, el juicio común, los compromisos comunes" (ib.).

### 5.3. Significación y evangelización

De lo anterior podemos sacar algunas conclusiones importantes:

- Si la intersubjetividad humana es la base de la significación, y ésta engendra la cultura, la evangelización, o mejor el evangelizador no puede situarse sino allí donde los hombres experimentan por primera vez su necesidad de *salvación*; es decir, su necesidad de ayuda y apoyo de los demás; allí donde se encuentran los fundamentos de la *mutua pertenencia* ontológica del género humano y de la *solidaridad* entre los hombres. El Evangelio, por su misma naturaleza es y ha de ser solidario de la humanidad. Así tocamos las raíces mismas de la cultura.
- Por otra parte, esta solidaridad se realiza en la *comunidad* y, como veíamos anteriormente, el sujeto de la cultura es el hombre colectivo. Por eso no es posible hacer cultura sino desde la comunidad. Una de las primeras tareas del evangelizador de la cultura ha de ser la creación de comunidades: desde las más sencillas, como la doméstica o familiar, hasta las más complejas como la nacional o internacional, pasando por la Iglesia local o particular. Las Comunidades de Base, represen-

tan por ello hoy un factor definitivo en la evangelización de la cultura. Pero las comunidades pueden ser de géneros muy diversos: comunidades de intelectuales, de artistas, de maestros y educadores, etc.

- Las raíces de la comunidad y de la cultura comienzan a brotar en las *experiencias* comunes de un determinado grupo. Imposible evangelizar en la raíz, si el portador del Evangelio no tiene él mismo las experiencias de aquellos con quienes ha de compartir la Buena Nueva. En la Iglesia nos hemos ido haciendo cada vez más conscientes de esta necesidad. Se habla por eso de *inserción*, de *encarnación*. Así, por ejemplo, la Congregación General XXXII de los Jesuitas al hablar de la evangelización de los pobres subraya la necesidad de participar con ellos de su propia experiencia: "Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos" (Decreto 4º, n. 50). Este caminar paciente y humilde no es otra cosa que tratar de vivir con ellos sus mismas experiencias.
- Pero esta necesidad de tener experiencias comunes, no es sólo algo extrínseco, en el sentido de que el acercarnos a los hombres y participar de sus experiencias nos permita una comunicación más fácil y una suerte de "captación de la benevolencia" que haga más audible la palabra del Evangelio. El hombre necesita entender su experiencia, y la intelección se logra a partir de los datos que la constituyen. Una cultura comienza a formarse como la serie de respuestas que brotan de la *intelección* o comprensión, de una situación o experiencia determinada y concreta. Por eso, una vez más a título de ejemplo, la misma Congregación de los Jesuitas, refiriéndose a la evangelización de los pobres, continúa con la siguiente afirmación: "Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, *en el corazón de sus dificultades y de sus luchas*, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. Podremos así hablarles de Dios nuestro Padre, que se reconcilia con la humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera" (Decreto 4º, n. 50, bastardilla nuestra).
- Al pretender encontrar desde las experiencias comunes, las intelecciones comunes, o formas comunes de comprensión, continuamos avanzando en la conformación de una nueva cultura. Dijimos al comienzo de nuestras reflexiones que la cultura no es otra cosa que el conjunto de respuestas que el hombre va

dando a los interrogantes que le plantea la realidad en su triple dimensión.

— Estas respuestas, que brotan de las intelecciones, o comprensiones comunes, se van realizando desde la propia forma de *sentir* y de pensar que tiene cada uno de los pueblos. Son, como decíamos, las raíces subjetivas de la cultura. Por eso es necesario que el evangelizador se encuentre presente en la experiencia y, sobre todo, que asimile las formas propias de sentir y pensar de un determinado grupo humano.

— Las soluciones, por lo demás, no brotan sino de un compromiso efectivo y existencial con la realidad, es decir, no pueden ser sino fruto de *juicios* comunes de hecho y de valor. Cada grupo humano ha de enfrentar su realidad y pronunciarse sobre ella en forma crítica: tanto desde el punto de vista de la correspondencia de sus intelecciones con la experiencia, como desde el punto de vista de lo que en cada situación concreta significa el bien humano y en nuestro caso el bien, los valores evangélicos. Esto pone de relieve, en primer lugar, la importancia de la instrucción y de la educación en la evangelización ya que ellas son vehículo de transmisión de la tradición evangélica. Pone de relieve, además, cómo efectivamente una cultura que brota del evangelio, conforma un mundo cultural necesariamente nuevo, sobre juicios y valores específicamente evangélicos.

— Finalmente, los juicios comunes de hecho y de valor han de conducir a *decisiones* y a *acciones* comunes. Una cultura se objetiva en los hechos realizados por una comunidad. Estas acciones implican la coordinación y subordinación de acciones con miras a la realización del bien común. Sólo una comunidad cristiana activa, que asume compromisos y realizaciones comunes es evangelizada y evangelizadora. En último término, es la comunidad cristiana activa la que convierte al Evangelio en fuente de cultura.

#### SINTESIS DEL PLENARIO

*Hilo conductor:* Desde la radicalidad del Evangelio, plantear los nuevos desafíos para la evangelización.

#### 1. Aclaraciones

1. “*Ambiente*” empleado en *Evangelii Nuntiandi* en lugar de cultura, significa manifestación cultural.
2. “*Religiosidad popular*” es muy importante para entender la cultura, pues manifiesta la sabiduría y el corazón del pueblo.
3. A quienes no sienten necesidad de salvación (sociedad secularizada) se les ha de suscitar esa ansia expresada en el vacío de su corazón, que no se llena con los bienes terrenos.
4. Para quienes están erradicados de su “*habitat*” y que no tienen simbolismos, la pastoral es continua búsqueda de métodos adecuados.

#### 2. Interrogantes en suspenso

1. Si el Evangelio es fuente de cultura, ¿de cuál cultura? Si de la cristiana, ¿cómo la cultura, que va a ser evangelizada, implica la necesidad de salvación?
2. Al enfatizar el paradigma de la técnica, que se hace paradigma de la cultura, *parece* que no se está dialogando sobre ese presupuesto.
3. ¿No se está totalizando tanto la cultura que se convierte en absoluto y se hace imposible la relativización de las culturas?
4. ¿No deberá la Iglesia privilegiar las culturas “oprimidas” siguiendo la opción preferencial por los pobres y elaborar una “Teología de la liberación de las culturas”?
5. ¿En qué formas las culturas marginadas pueden basar una evangelización que sea fuente de culturas y de “recreación” de las mismas?

#### 3. Aportes que complementan la exposición

1. El concepto de cultura implica arraigo permanente en distintos ámbitos que deberán ser evangelizados: el vital, el poético o práctico del trabajo y la técnica, el político en su amplio sentido y el religioso.
2. Si bien Paulo VI dio un paso “cualitativo” en el concepto de evangelización, ello fue preparado por el Concilio Vaticano II que puso las condiciones para que se concibiera el Evangelio como fuente de cultura.
3. Las raíces objetivas de la cultura han de verse en las perspectivas de la persona.
4. El desafío de la técnica debería tenerse presente; se ha manejado una analogía de fe-ciencias y fe-cultura, usando la matriz, y ello requiere una reflexión sobre dicha analogía.
5. En la ponencia subyace un *presupuesto filosófico* pues se dice que la intercomunicación social es fuente de solidaridad y ésta a su vez es matriz cultural de la primera. ¿No se debería reflexionar sobre nuestra cultura de artefactos que es ciega a las finalidades éticas?
6. Se debería ampliar más el estatuto de Teología y sobre ésta de la *Filosofía nuestra* que se haga *en, de, desde y para* América Latina. De ahí saldría una teología encarnada y comprometida con nuestro mundo latinoamericano.

7. Se deberían elaborar los prolegómenos que muestren que las culturas cerradas se convierten en inhumanas y así subsanar el error de haber impuesto otra cultura.
8. Al hablar de la opción preferencial por los "pobres" se debe insistir en la manera como Puebla lo entendió: ... "liberarlos de la marginación y la miseria para que vivan la pobreza cristiana, un modelo de vida que usa los bienes de este mundo sin absolutizarlos".
9. Para no caer en abstracciones deberíamos buscar métodos de inculturación que sugieran códigos de simbolismos apropiados a nuestra América Latina.

## PROBLEMATICA DELL'INCULTURAZIONE DEL VANGELO OGGI

por M. DHAVAMONY, S. J. (India)\*

### INTRODUZIONE

L'inculturazione del Vangelo è diventata uno dei problemi più scottanti dell'evangelizzazione oggi. Ciò che oggi rende più urgente il problema dell'inculturazione è la rivendicazione da parte di ogni popolo alla propria cultura come fattore di specificità. Il Concilio Vaticano II è stato convocato proprio per rendere significativo Cristo e il Vangelo all'uomo di oggi. A vent'anni di distanza è successo, nella Chiesa, qualcosa di enorme. In crescendo gli ultimi sinodi dei Vescovi hanno registrato l'emergere dell'Episcopato del così detto terzo mondo: Asia, Africa, America Latina. Già il Vaticano II affrontava il problema: Se la Chiesa deve restare prigioniera e chiusa dentro le fasce di una forma, di una cultura, o aprirsi a nuove forme, a nuove culture. Bisogna ascoltare le voci delle Chiese del terzo mondo quando hanno parlato dell'evangelizzazione, dell'incarnazione del Vangelo, e dell'inculturazione del Vangelo. Loro possono spiegare meglio tutto ciò dei cristiani occidentali che sono abituati ad una forma occidentale del Cristianesimo.

L'incarnazione del Cristianesimo è un problema che in seguito al Concilio Vaticano Secondo è andato acquistando sempre più

\* R. P. Mariasuai Dhavamony, S. J. Nació en Khutalur, India, en 1925. Ordenación Sacerdotal en la Compañía de Jesús, en 1958. *Titulos*: Licenciado en Filosofía por el Sacred Heart College, Shembaganur, India, en 1954. Licenciado en Teología por el St. Mary's College, Kurseong, India, en 1959. Doctorado en Filosofía por la Universidad Gregoriana, en 1962. Y en estudios orientales por la Oxford University, en 1967. *Actividades*: Profesor asistente en el Sacred Heart College, en Shembaganur, Madrás, durante los años 1962-1964. Desde 1967 es profesor de Historia de las Religiones y de Hindología; y Deán de la Facultad de Misionología (desde 1975), en la Universidad Gregoriana. Es, además, editor en jefe de *Studia Missionalia* y *Documenta Missionalia*. *Principales publicaciones*: *Subjectivity and Knowledge in the Philosophy of St. Thomas Aquinas*, Gregorian University Press, 1965. *Love of God according to Saiva Siddhanta: a study in the Mysticism and Theology of Saivism*, Clarendon Press, 1971. *Phenomenology of Religion*, 1973. *Revelation in Christianity and other Religions*. En colaboración con otros autores, Loyola University Press, 1972. Es además autor de monografías sobre Religión Hindú y sobre Religiones Comparadas.